



ARTE · HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA



U N A P A S I Ó N

por

MANUEL MACHADO

Vagamente apesadumbrado por esas penas sin motivo y sin nombre que nos toman a las horas de los crepúsculos, vagaba yo mi camino de los muelles centrales del Sena, como otras muchas tardes, a pasos lentos y desiguales, la cabeza inclinada y los ojos puestos en algo que no estaba allí ni yo puedo decir lo que fuera...

Es sencillamente triste y sin poesía el espectáculo de los libros viejos, de las estampas viejas que coronan los parapetos a todo lo largo. Aquellos pobres libros... No sé por qué los he mirado siempre con repugnancia... Me parece que hablan siempre de pequeñas miserias, de penas recientes y prosaicas; me hacen pensar en la vejez de personas conocidas, en el luto que acabamos de dejar, en la esquela de defunción que recibimos el otro día... Son amarillentos, secos, sucios, esperando que de allá los liberten las manos piadosas de los bibliófilos, tal vez las profanas de los buscadores de gangas... Por mi gusto yo los arrojaría todos al río para dejar al sol que cayera noblemente sobre la buena piedra limpia de aquellos repechos...

Y, sin embargo, mi vista recaía en los montones de papeles o se paseaba sobre la turba parda que, inclinada hacia ellos, hormigueaba lenta a lo largo del muelle...

De pronto, una fisonomía especial atrajo mi atención. Una fisonomía inteligente y alterada en la que se leía una obsesión extraña. Era un joven de aspecto distinguido, a pesar de su aparente miseria, barba negra y largas melenas descuidadas, la color pálida, los ojos brillantes, una *tenue* ridícula por lo vieja y derrotada. Tenía un libro en la mano, lo hojeaba con visible alegría, lo miraba y luego miraba en torno suyo con timidez y desconfianza. Por fin hubo de dejarlo en el cajón del *bouquiniste* y se alejó. Pero sólo algunos pasos. De nuevo volví a verle con el libro entre las manos. Volvió a dejarlo... Pero decididamente no podía separarse de allí... Se acercó de nuevo... Al fin, creyendo aprovechar un descuido del librero de viejo, con una mano descarnada y temblorosa se guardó el libro en un bolsillo de su gabán raído... y...

—¡Ah, granuja, truhán!; vienes a robar a un pobre hombre que gana el pan con el sudor de su frente...

—¡Ah, pillito!

—Al ladrón.

—¿Ha visto usted?

—¡Pronto, a devolverme ese libro!

—Yo... yo... no...

—¿Qué ocurre?

Y todos los burgueses de la barriada iban formando un círculo amenazador en torno de aquella escena. De las tabernas y cafés vecinos, mozos y patronos venían incesantemente a aumentar el grupo, y ya cien puños se levantaban contra el miserable detentador de la propiedad.

—¡A la cárcel!

Una pareja de *sergents de ville* se acercaba lentamente.

Me dió tiempo. Antes de lo que se dice, puse por obra mi resolución...

Rompí el círculo. Tomé del brazo al desconocido, y con acento familiar le dije, mirando el libro que él tenía aún en las manos sin saber qué hacerle.

—¿Lo encontraste, por fin? ¿Y qué quieren por él?

—Señor—comenzó el librero—. Este hombre no me ha preguntado...

—Este señor viene conmigo—interrumpí yo de muy mal talante...—, y los dos buscábamos entre los libros de usted ese tomo que él tiene en las manos. Diga usted lo que vale y asunto concluido.

—Como el señor se lo guardó sin decirme nada...

Los honrados burgueses se retiraban mohinos y chasqueados como perros a quienes se escapa la caza...

—Como el señor no hablaba, yo temí...; pero, en fin..., ya veo que era una broma...

—Y bien; ¿cree usted que es ése el modo de atraer a los parroquianos?... En fin, ¿qué debemos a usted?

—Señor, poca cosa, diez francos. Algo más vale ese tomo, pero yo no gusto de abusar, y...

—Tome usted.

Le di lo que pedía, y sin soltar a mi desconocido, lo arrastré del brazo, atónito y mudo, hasta hallar un puente que nos pasó al otro lado del Sena. El se dejó llevar como un autómatas.

—Caballero—le dije, cuando estuve seguro de que ninguno del grupo nos seguía y podía escucharnos—: Tome usted su libro, que mucho debe valer cuando en tal extremo ha puesto a usted. No creo que todos los libros tengan con usted el mismo poder. Pero, en todo caso, piense que de no resistir a esos atractivos han podido venirle males bien grandes.

El no me respondía. Como sonámbulo, exclamaba:

—He robado, he robado...—y su cara inteligente palidecía más y más... Temí que se desmayara.

—¡He robado!...—Después, como despertando de una pesadilla—: ¡Ah, señor!, dígame por Dios, ¿es cierto que he robado este libro? ¡Ah, perdón, perdón!

Lo sincero de aquel dolor llegó a interesarme.

—Vamos—le dije—. Acompañaré a usted hasta su casa, para demostrarle que no me inspira desconfianza, y otro día...

—¡Oh!, gracias, gracias...

Espectáculo extraño... Una ancha buhardilla, con una cama, una mesa y un sillón, por todo mobiliario. Pero a lo alto de los muros y todo alrededor, debajo de la mesa y de la cama, en el quicio de la ventana, en el suelo, impidiendo el paso, pilas de libros, montones de libros, cuidadosamente encuadernados los unos, los otros en rústica, no pocos con las antiguas tapas de pergamino, libros grandes y chicos, ediciones de bolsillo, libros antiguos, viejos y nuevos, libros, libros...

El propietario de la buhardilla no pudo menos de pasear una mirada cariñosa por aquellos montones de

papel impreso; después me ofreció el sillón, se sentó en la cama, y...

—Mi salvador generoso—exclamó, ya con voz desahogada por la fiebre—, el acto realizado por mí no tiene disculpa. He aquí mi historia. Enfermo y pobre desde mi niñez..., mis padres me negaron por tan buenas razones toda ilustración, todo comercio con los libros. Pasó mi infancia atormentada por la fiebre de leer... Vine a París cuando estuve solo en el mundo, y me entregué a mi pasión contenida, como hacemos todos; los más felices aman la mujer, la gloria, las aventuras galantes, la política o la fortuna. Yo amé los libros, los libros, que mi alma enferma solicitó siempre y siempre le negaron; los amé con el místico desbordamiento, con el desorden nervioso y exaltado de las primeras pasiones.

Un libro no es para mí algo muerto y callado que se lleva y se trae, se toma y se deja cuando se quiere, no. Es un ser que palpita en mis manos. Abrirle es desflorarle, leerlo es apurar su sabiduría y sorprender los más íntimos resortes de su vida. El libro vive. Yo estoy seguro de que mis libros me sienten, me ven, como yo los siento a ellos. ¡Mis libros! Pero usted me tendrá ya por loco...

—No, no; siga usted.

—He pasado, pues, muchos años, los primeros de mi juventud, leyendo sin descanso, de día y de noche... Guárdeme usted el secreto... No he aprendido nada, no sé nada, y he leído, leído con toda mi alma, historias, novelas, versos y hasta diccionarios enteros. No tengo carrera, no he podido ni querido nunca ordenar mis conocimientos. Sé varias lenguas y no podría explicarlas. ¡Ah!, me he entregado como un joven amante a mi ilusión favorita, y jamás pensé en sacar el menor provecho de ella.

—¿Pero cómo puede usted vivir privado de todo en aras de...?

—De todo, de todo. Si yo no quiero más que esto. Si estos libros lo son todo. Mire usted. Después de los primeros atracones, cuando tuve ya la casa llena, mi amor, porque esto no tiene otro nombre, comenzó a refinarse y en cierto modo a pervertirse como todos los amores. Y comenzó para mí la segunda era de la pasión. El bibliófilo no pudo soportar la miseria y el desarreglo de su biblioteca, que era a un tiempo su sociedad y su serrallo. Y, como el amante que goza con vestir y alhajar a su amada, yo sentí la necesidad de ataviar mis *bouquins* de las mejores pastas y de las encuadernaciones más finas. Y ahí tiene usted

éstos en piel de Rusia, aquéllos en tafilete... No ha habido para todos; ¡son tantos! Esos, los preferidos. ¡Ah!, y si usted viera cómo me lo agradecen... Y cómo yo he descubierto nuevos secretos aplicándome a su cuidado... Al fin, todo deseo de ciencia, de cultura, se ha extinguido en mí. Yo amo el libro por el libro, lo encuentro bello y adorable. Lo palpo, lo abro con voluptuosidad y no lo dejo nunca sin una pena amable..., que me hace tomar otro en seguida... Antes yo me reía de eso que llaman ediciones de *amateur*, y tenía por tontos a los que trataban los libros como *bibelots*; hoy..., señor... Debe usted hallar en mí un loco insoportable.

Digno de compasión, sin embargo, después de lo que me ha visto hacer... Pero, señor, después de lo que me ha oído, ¿cómo no comprender? Un año hace que mi historia de Francia de X, era entre los demás un ser mutilado, un libro incompleto. Encuentro el tomo que me faltaba... No tengo dinero... Debo irme, alejarme, y algo me clava al pie del libro tentador... Robar, qué horrible idea... Pagaré mañana... ¡Oh!, pero mañana el libro no estará quizá... La locura..., la locura y el crimen...

—Pobre amigo mío...

—¡Oh!, y sin la generosa intervención de usted..., la deshonra y la muerte. Ahora yo no tengo perdón... Pero usted ha podido juzgarme tal como soy.

.....

Han pasado años. La amistad me une al pobre bibliófilo de la buhardilla... Nos hemos visto poco porque nuestras aficiones no son las mismas, y París es muy grande.

Hace pocas semanas, una carta de mi amigo ha despertado en mí estos recuerdos. El Estado, reconociéndole méritos que su modestia no quería ostentar, le ha dado la dirección de una biblioteca de provincias. «Tengo, pues, un serrallo completo, me dice, y en la alternativa de llevarme a mi casa la biblioteca de todos o dar a todos la mía, he hecho donación de mis libros a la provincia. Esto me ha valido grandes elogios y la cinta violeta de las Palmas Académicas.»

Olvidaba decir que nunca recibí de mi amigo la miserable cantidad que empleé en comprar aquel pícaro tomo que él se llevaba. Pero, al día siguiente de nuestro conocimiento, alguien me trajo de su parte una lujosísima edición en piel de Rusia de la obra inmortal del Abate Prevost *Manon Lescaut*. La más hermosa apología de la pasión.

EL HIERRO REDUCIDO POR EL HIDROGENO A DOSIS SUFICIENTES  
Y ASOCIADO A LA VITAMINA C, CONSTITUYE EL PROCEDIMIENTO DE  
ELECCION PARA OBTENER UNA PRONTA REGENERACION HEMATICA

# FERRO-CECRISINA

Hierro reducido + Vitamina C

## LA TERAPÉUTICA DE LAS ANEMIAS

2 a 10 tabletas diarias.

Tubo de 40 tabletas de 0,60 g.

INSTITUTO FARMACOLÓGICO LATINO, S. A.